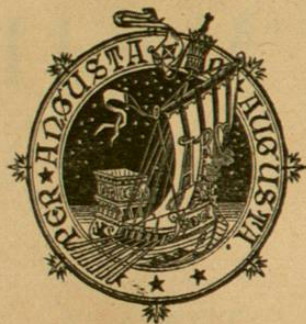




FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ



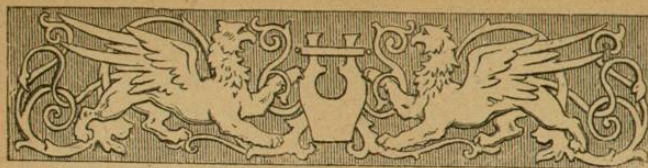
Establecimiento tipográfico-editorial de DANIEL CORTEZO Y C.ª

038132

F1230

L6

v. 2



#### El combate de Iztacpalapán

Ocho días estuvo Cortés sin salir de Tezcucó, fortaleciendo la casa en que posaba; que toda la ciudad, por ser grandísima, no podía, y basteciéndose por sí le cercasen los enemigos, y después, como no lo acometían, tomó quince de caballo, doscientos españoles, en que había diez escopetas y treinta ballestas, y hasta cinco mil amigos, y fué la orilla adelante de la laguna á Iztacpalapán derecho, que está cinco leguas de allí. Los de la ciudad fueron avisados por los de la guarnición de Culúa, con humos que hicieron de las atalayas, cómo iban sobre ellos españoles, y metieron su ropa y las mujeres y niños en las calles que están dentro en la agua; enviaron gran flota de acalles, y salieron al camino dos leguas muchos, y á su manera bien armados y hechos escuadrones. No pelearon á hecho, sino tornáronse al pueblo escaramuzando, con pensamiento de meter y matar allá los enemigos. Los españoles se metieron á revueltas dentro, que era lo que querían, y pelearon reciamente hasta echar los vecinos á la agua, donde muchos de ellos se ahogaron; mas como son nadadores, y no les daba sino á los pechos, y tenían muchas barcas que los recogían, no murieron tantos como se

000266



pensaba. Todavía mataron los de Tlaxcallán más de seis mil, y si la noche no los despartiera, mataran hartos más. Los españoles hubieron algún despojo, pusieron fuego á muchas casas y comenzáronse de aposentar; mas Cortés les mandó salir fuera á más andar, aunque era muy noche, porque no se ahogasen; que los de la ciudad habían abierto la calzada, y entraba tanta agua, que lo cubría todo; y cierto si aquella noche se quedaran allí, no escapaba hombre de su compañía, y aun con toda la priesa que se dió, eran las nueve de la noche cuando acabaron de salir. Pasaron el agua á volapié; perdióse todo el despojo, y ahogáronse algunos de Tlaxcallán. Tras este peligro tuvieron muy mala noche de frío, como estaban mojados, y de comida, como no pudieron sacarla. Los de Méjico, que todo esto sabían, dieron sobre ellos á la mañana, y fuéles forzado irse á Tezcucó, peleando con los enemigos que los apretaban recio por tierra, y con otros que salían del agua; y ni podían dañar á éstos, que se acogían luego á sus barquillos, ni osaban meterse entre los otros, que eran muchos; y así, llegaron á Tezcucó con grandísimo trabajo y hambre. Murieron muchos indios de nuestros amigos y un español, que creo fué el primero que murió peleando en el campo. Cortés estuvo triste aquella noche, pensando que con la jornada pasada dejaba mucho ánimo á los enemigos, y miedo á otros, que no se le diesen; mas luego á la mañana vinieron mensajeros de Otompán, donde fué la nombrada batalla que Cortés venció, según atrás se dijo, y de otras cuatro ciudades, que están cinco ó seis leguas de Tezcucó, á pedir perdón por las guerras pasadas y ofrecerse á su servicio, y á rogarle los amparase de los de Culúa, que los amenazaban y maltrataban, como hacían á todos los que se le daban. Cortés, aunque les loó y agradeció aquello, dijo que si no le traían atados los mensajeros de Méjico, ni los perdonaría ni recibiría. Tras éstos de Otompán, avisaron á Cortés cómo querían los de la provincia de Chalco ser sus amigos, y venir á dársele, sino

que no les dejaba la guarnición de Culúa, que estaba allí en su tierra. Él despachó luego á Gonzalo de Sandoval con veinte caballos y doscientos peones españoles, que fuése á tomar á los de Chalco y echar á los de Culúa. Envió también á la Veracruz cartas; que había mucho que no sabía de los españoles que allá estaban, por tener los enemigos atajado el camino. Fué pues Sandoval con su compañía. Lo primero procuró de poner en salvo las cartas y mensajeros de Cortés, y encaminar á muchos tlaxcaltecas que fuesen seguros á sus casas con la ropa que llevaban ganada, y luego juntarse con los de Chalco; mas como de ellos se apartó, los acometieron enemigos, mataron algunos, y robáronles buena parte del despojo. Tuvo aviso de ello Sandoval, acudió presto allá, y remedió mucho daño, desbaratando y siguiendo los contrarios, y así pudieron ir á Tlaxcallán y á la Veracruz. Juntóse luego con los de Chalco que, sabiendo su venida, estaban en armas y aguardándole. Dieron todos juntos sobre los de Culúa, que pelearon mucho y muy bien; mas al cabo fueron vencidos, y muchos de ellos muertos. Quemáronles los ranchos y saqueáronselos. Volvióse con tanto Sandoval á Tezcucó; vinieron con él unos hijos del señor de Chalco; trajeron á Cortés hasta cuatrocientos pesos de oro en piezas, y llorando se disculparon, y dijeron cómo su padre cuando murió les mandó que se diesen á él. Cortés los consoló, agradeciéoles su deseo, confirmóles el estado, y dióles al mismo Sandoval que los acompañase hasta su casa.

#### Los españoles que sacrificaron en Tezcucó

Iba Cortés ganando de cada día fuerzas y reputación, y acudían á él todos los que no eran de la parcialidad de



Culúa y muchos que lo eran; y así, á dos días de como hizo señor de Tezcuco á don Fernando, vinieron los señores de Huaxuta y Cuahutichán, que ya eran amigos, á decirle que venía sobre ellos todo el poder de mejicanos; que si llevarían sus hijos y hacienda á la sierra, ó los traerían á do él estaba: tanto era su temor. Él los esforzó, y rogó que se estuviesen quedos en sus casas, y no tuviesen miedo, sino apercibimiento y espías; que de que los enemigos viniesen holgaba él; por eso, que le avisasen, y verían cómo los castigaba. Los enemigos no fueron á Huaxuta, como se pensaba, sino á los tamemes de Tlaxcallán, que andaban proveyendo á los españoles. Salió á ellos Cortés con dos tiros, con doce de caballo y doscientos infantes y muchos tlaxcaltecas. Peleó y mató pocos, porque se acogían á la agua; quemó algunos pueblos do se recogían los de Méjico, y tornóse á Tezcuco. Al otro día vinieron tres pueblos de los más principales de aquella comarca á le pedir perdón, y á rogarle no los destruyese, y que no acogieran más á hombre de Culúa. Por esta embajada hicieron castigo en ellos los de Méjico, y muchos parecieron después descalabrados delante de Cortés para que los vengase. También enviaron los de Chalco por socorro, que los destruían mejicanos; mas él, como querían enviar por los bergantines, no se lo podía dar de españoles, sino remitirlos á los de Tlaxcallán. Huexocinco, Chololla, Huacacholla y á otros amigos, y darles esperanza que presto iría él. No estaban ellos nada contentos con la ayuda de aquellas provincias, sin españoles; pero todavía pidieron cartas para que lo hiciesen. Estando en esto, llegaron hombres de Tlaxcallán á decir á Cortés cómo estaban acabados los bergantines, y si había menester gente, porque de poco acá habían visto más ahumadas y señales de guerra que nunca. Él entonces los puso con los de Chalco, y les rogó dijese de su parte á los señores y capitanes que olvidasen lo pasado y fuesen sus amigos, y les ayudasen contra mejicanos, que en ello le harían muy gran placer; y de

allí adelante fueron muy buenos amigos, y se ayudaron unos á otros. Vino asimismo de la Veracruz un español con nueva que habían desembarcado treinta españoles, sin los marineros de la nao, y ocho caballos, y que traían mucha pólvora y ballestas y escopetas. Por lo cual hicieron alegrías los nuestros, y luego envió Cortés á Tlaxcallán por los bergantines á Sandoval con doscientos españoles y con quince de caballo. Mandóle que de camino destruyese el lugar que prendió trescientos tlaxcaltecas y cuarenta y cinco españoles con cinco caballos, cuando estaba Méjico cercado; el cual lugar es de Tezcuco y alinda con tierra de Tlaxcallán. Bien quisiera castigar sobre el mismo caso á los de Tezcuco, sino que no estaba en tiempo ni convenía por entonces; ca mayor pena merecían que los otros, porque los sacrificaron y comieron, y derramaron la sangre por las paredes, haciendo señales con ella misma cómo era de españoles. Desollaron también los caballos, curtieron los cueros con sus pelos, y colgaronlos con las herraduras que tenían, en el templo mayor, y cabe ellos los vestidos de España por memoria. Sandoval fué allá determinado de combatir y asolar aquel lugar, así porque se lo mandó Cortés, como porque halló antes un poco de llegar á él, escrito de carbón en una casa: «Aquí estuvo preso el sin ventura de Juan Juste;» que era un hidalgo de los cinco de caballo. Los de aquel lugar, aunque eran muchos, lo dejaron, y huyeron en viendo españoles sobre sí. Ellos les fueron detrás siguiendo; mataron y prendieron muchos, especial niños y mujeres, que no podían andar, y que se daban por esclavos y á misericordia. Viendo pues tan poca resistencia, y que lloraban las mujeres por sus maridos, y los hijos por sus padres, hubieron compasión los españoles, y ni mataron la gente ni destruyeron el pueblo; antes llamaron los hombres y perdonáronlos, con juramento que hicieron de servirlos y serles leales; y así se vengó la muerte de aquellos cuarenta y cinco españoles. Preguntados cómo tomaron tantos cristianos sin que



se defendiesen ni escapase hombre de todos ellos, dijeron que se habían puesto en celada muchos delante un mal paso una cuesta arriba, que tenía estrecho el camino, donde por detrás los acometieron; y como iban uno á uno y los caballos del diestro, y no se podían rodear ni aprovechar de las espadas, los prendieron ligeramente á todos, y los enviaron á Tezcuco, donde, como arriba dije, fueron sacrificados en venganza de la prisión de Cacama.

#### Cómo trajeron los bergantines á Tezcuco los de Tlaxcallán

Reducidos y castigados los que prendieron á los españoles, caminó Sandoval para Tlaxcallán, y á la raya de aquella provincia topó con los bergantines; la tablazón y clavazón de los cuales traían ocho mil hombres á cuestras. Venían en su guarda veinte mil soldados, y otros dos mil con vituallas y para servicio de todos. Como Sandoval llegó, dijeron los carpinteros españoles que pues entraban ya en tierra de enemigos, y no sabían lo que les podría acontecer, que fuése delante la ligazón y atrás la tablazón, por ser cosa de más peso y embarazo. Todos dijeron que era bien, y que se hiciese así, salvo es Chichimecatetl, señor muy principal, hombre esforzado, y capitán de diez mil que llevaban la delantera y cargo de la tablazón; el cual tenía por afrenta que le echasen atrás, yendo él delantero. Sobre esto dijo buenas cosas; mas en fin se hubo de mudar y quedar en retaguardia. Teutipil y Teutecatl y los otros capitanes, señores también principales, tomaron la vanguardia con otros diez mil. Pusiéronse en medio los tamemes y los que llevaban la fusta y aparejo de los bergantines. Delante de estos dos capitanes iban cien españo-

les y ocho de caballo, y tras de toda la gente Sandoval con los otros españoles y siete caballos; y si Chichimecatetl estuvo recio de primero, más lo estuvo porque no quedasen con él los españoles, diciendo que ó no le tenían por valiente ó por leal. Concertados pues los escuadrones de la manera que oistes, caminaron para Tezcuco á las mayores voces, chiflos y relinchos del mundo, y gritando: «¡Cristianos, cristianos, Tlaxcallán, Tlaxcallán y España!» Al cuarto día entraron en Tezcuco por ordenanza al són de muchos atabales, caracoles y otros tales instrumentos de música. Pusiéronse para entrar penachos y mantas limpias, y ciertamente fué gentil entrada; que como era lucida gente, pareció bien, y como eran muchos, tardaron seis horas á entrar, sin quebrar el hilo; tomaban dos leguas de camino. Cortés les salió á recibir, dió las gracias á los señores, y aposentó toda la gente muy bien.

#### La vista que dió Cortés á Méjico

Reposaron cuatro dias, y luego mandó Cortés á los maestros que armasen y clavasen los bergantines apriesa, y que se hiciese una zanja entre tanto para los echar por ella á la laguna sin peligro de quebrarse primero; y porque traían gran gana de toparse con los de Méjico, salió con ellos y con veinticinco caballos y trescientos españoles, en que había cincuenta escopeteros y ballesteros; llevó también seis tiros. Á cuatro leguas de allí topó con un gran escuadrón de enemigos, en el cual rompieron los de caballo; acudieron luego los de pie y desbarataronlo; fueron en el alcance los tlaxcaltecas y mataron cuantos pudieron. Los españoles, como era tarde, no fueron, sino



asentaron su real en el campo, y durmieron aquella noche con cuidado y aviso, porque había por allí muchos de Culúa. Como fué de día echaron camino de Xaltoca; y Cortés no dijo dónde iba, que se recelaba de muchos de Tezcuco que venían con él, no avisasen á los enemigos. Llegaron á Xaltoca, lugar puesto en la laguna, y que por la tierra tiene muchas acequias anchas, hondas y llenas de agua, á no poder pasar los caballos. Los del pueblo les daban grita, y se burlaban de verlos andar por aquellos arroyos; tirábanles flechas y piedras. Los españoles de pie, saltando y como mejor pudieron, pasaron las acequias, combatieron el lugar, entraron, aunque con mucho trabajo, echaron fuera los vecinos á cuchilladas, y quemaron buena parte de las casas. No pararon allí, sino fuéronse á dormir una legua adelante: tiene Xaltoca por armas un sapo. Otra noche durmieron en Huatullán, lugar grande, mas despoblado, de miedo. Pasaron otro día por Tenaioacán y Accapuzalco sin resistencia, y llegaron á Tlaco-pán, que estaba fuerte de gente y de fosos con agua; mas, aunque algo se defendió, entraron dentro, mataron muchos y lanzaron fuera á todos; y como sobrevino la noche, recogieron con tiempo á una muy gran casa, y en amaneciendo se saqueó el lugar y se quemó casi todo, en pago del daño y muerte de algunos españoles que hicieron cuando salían huyendo de Méjico. Seis días estuvieron los nuestros allí, que ninguno pasó sin escaramuzar con los enemigos, y muchos con gran rebato, y con tanta grita, según lo han de costumbre, que espantaba oírlos. Los de Tlaxcallán, que se querían mejorar con los de Culúa, hacían maravillas peleando, y como los contrarios eran valientes, había que ver; especial cuando se desafiaban uno á uno ó tantos á tantos. Pasaban entre ellos grandes razones, amenazas é injurias, que quien los entendía moría de risa. Salían de Méjico por la calzada á pelear, y por coger en ella los españoles, fingían huir. Otras veces los convidaban á la ciudad, diciendo: «Entrad, hombres, á

holgaros.» Unos decían: «Aquí moriréis como antaño;» otros, «Íos á vuestra tierra; que no hay otro Motezuma que haga á vuestro sabor.» Llegóse Cortés un día entre semejantes pláticas á una puente que estaba alzada; hizo señas de habla, y dijo: «Si está ahí el señor, quiérole hablar.» Respondieron: «Todos los que veis son señores; decid lo que queréis;» y como no estaba, calló, y ellos lo deshonraron. Tras esto, les dijo un español que los tenían cercados y se morirían de hambre; que se diesen. Replícaron que no tenían falta de pan; pero que cuando la tuviesen, comerían de los españoles y tlaxcaltecas que mataban; y arrojaron luego ciertas tortas de centli, diciendo: «Comed vosotros si tenéis hambre; que nosotros ninguna, gracias á nuestros dioses; y tiraos de ahí, si no moriréis;» y luego comenzaron á gritar y á pelear. Cortés, como no pudo hablar con Guahutimocin, y porque todos los lugares estaban sin gente, tornóse para Tezcuco casi por el camino que vino. Los enemigos, que le vieron volver así, creyeron que de miedo, y juntáronse infinitos de ellos á darle carga, y diéronse la bien cumplidamente. Él quiso un día castigar su locura, y envió delante todo el ejército y la infantería española, con cinco de caballo; hizo á otros seis de á caballo ponerse en celada al un lado del camino y cinco al otro, y tres en otra parte, y él escondióse con los demás entre unos árboles. Los enemigos, como no vieron caballos, arremeten desmandados á nuestro escuadrón. Salió Cortés, y en pasando y diciendo: «Santiago y á ellos, San Pedro y á ellos;» que era la señal para los de caballo, y como los tomaron de través y por las espaldas, alanceáronlos á placer. Desbaratáronlos á los primeros golpes, siguiéronlos dos leguas por un buen llano, y mataron muy muchos; y con tal victoria entraron y durmieron en Alcolmán, dos leguas de Tezcuco. Los enemigos quedaron tan hostigados de aquella emboscada, que no parecieron en hartos días; y aquellos señores de Tlaxcallán tomaron licencia para tornarse, y fuéronse muy ufanos y victoriosos,



y los suyos ricos cargados de sal y ropa, que habían habido en la vuelta de la laguna.

#### La guerra de Accapichtlán

Viendo mejicanos que les iba mal con españoles, habíanlas con los de Chalco, que era tierra muy importante; y en el camino para Tlaxcallán y á la Veracruz. Los de Chalco llamaron á los de Huexocinco y Huacacholla que les ayudasen; y pidieron á Cortés españoles. Él les envió trescientos, y quince caballos, con Gonzalo de Sandoval; el cual fué, y en llegando concertó de ir á Huaztepec, donde estaba la guarnición de Culúa, que hacía el mal. Antes que allá llegasen les salieron al encuentro aquellos de la guarnición, y pelearon. Mas no pudiendo resistir la furia de los caballos ni las cuchilladas, se metieron en el lugar, y los nuestros tras ellos; los cuales mataron allá dentro muchos, y á los demás vecinos echaron fuera, que como no tenían allí mujeres ni hacienda que defender, no reparaban. Los españoles comieron, y dieron de comer á los caballos, y los amigos buscaban ropa por las casas. Estando así oyeron el ruido y gria que tratan los contrarios por las calles y plaza del pueblo. Salieron á ellos, pelearon y á puras lanzadas los echaron otra vez fuera y los siguieron una gran legua, donde hicieron gran matanza. Dos días estuvieron allí los nuestros, y luego fueron á Accapichtlán, do también había gente de Méjico. Requiriéronles con la paz; mas ellos, como estaban en lugar alto y fuerte, y malo para caballos, no escucharon; antes tiraban piedras y saetas, amenazando á los de Chalco. Los indios nuestros amigos, aunque eran muchos, no osaban acometer. Los

españoles arremetieron llamando Santiago, y subieron al lugar y tomáronlo, por más fuerte y defendido que fué. Es verdad que quedaron muchos de ellos heridos de piedras y varas. Entraron tras ellos los de Chalco y sus aliados, é hicieron grandísima carnicería de los de Culúa y vecinos. Otros muchos se despeñaron á un río que por allí pasa. En fin, pocos escaparon de la muerte; y así, fué señalada victoria esta de Accapichtlán. Los nuestros padecieron este día muy gran sed, así del calor y trabajo del pelear, como porque aquel río estuvo tinto en sangre; y no pudieron beber de él por un buen espacio de tiempo, y no había otra agua. Sandoval se volvió á Tezcuco, y los otros cada uno á su casa. Mucho sintieron en Méjico la pérdida de tantos hombres y tan fuerte lugar, y tornaron á enviar sobre Chalco nuevo ejército, mandándole diese batalla antes que españoles lo supiesen. Aquél ejército se dió tanta prisa en hacer lo que Cuahutimocín le mandara, que no dió lugar á sus enemigos de esperar socorro de Cortés, como lo pedían y esperaban. Mas los de Chalco se juntaron todos, aguardaron la batalla, y gentilmente la vencieron con ayuda de vecinos. Mataron muchos mejicanos, y prendieron cuarenta, entre los cuales fué un capitán, y alzaron de su tierra los enemigos. Tanto por mayor se tuvo esta victoria, cuanto menos se pensaba. Gonzalo de Sandoval tornó con los mismos españoles que primero á Chalco. Dióse prisa por llegar antes que la batalla se diese; mas cuando llegó, ya era dada y vencida; y así se volvió luego con los cuarenta prisioneros. Con estas victorias de Chalco quedó libre y seguro el camino de Méjico á la Veracruz, y luego vinieron á Tezcuco los españoles y caballos que arriba dije; y trujeron muchas ballestas, escopetas, pólvora y pelotas, y otras cosas de España; de que nuestro ejército recibió tanto placer, cuanta necesidad tenía; y dijeron cómo habían llegado otras tres naos con alguna gente y caballos.



El peligro que los nuestros pasaron en tomar dos peñoles

Cortés se informó de aquellos cuarenta presos que trajo Sandoval, de las cosas de Méjico y de Cuahutimoc, y entendió de ellos la determinación que tenían para defenderse y no ser amigos de cristianos; y pareciéndole larga y dificultosa guerra, quisiera con ellos antes paz que enemistad; y por descansar, y no andar cada día en peligro, rogóles que fuesen á Méjico á tratar paces con Cuahutimoc, pues él no los quería matar ni destruir, pudiéndolo hacer. Ellos no osaban ir con tal mensaje, sabiendo la enemiga que su señor le tenía. Mas tanto les dijo, que acabó con dos que fuesen; los cuales le pidieron cartas, no porque allá las habían de entender, sino para crédito y seguro. Él se las dió, y cinco de caballo que los pusieron en salvo. Mas poco aprovechó, ca nunca tuvo respuesta; antes cuanto él más pedía paz, más la rehusaban ellos, pensando que de flaqueza lo hacía; y por tomarle las espaldas fueron más de cincuenta mil á Chalco. Los de aquella provincia avisaron de ello á Cortés pidiéndole socorro de españoles, y enviáronle un paño de algodón pintado de los pueblos y gente que sobre ellos venía, y los caminos que traían. Él les dijo que iría en persona de allí á diez días; que antes no podía, por ser Viernes Santo y luego la Pascua de su Dios. De esta respuesta quedaron tristes, pero aguardaron. Al tercero día de Pascua vinieron otros mensajeros á dar prisa por socorro, que entraban ya por su tierra los enemigos. En este medio tiempo se dieron los pueblos de Accapán, Mixcalcinco, Nautlán, y otros sus vecinos. Dijeron que nunca habían muerto español, y trajeron por presente ropa de algodón. Cortés los recibió, trató

y despidió alegremente y en breve, porque estaba de partida para Chalco, y luego se partió con treinta de caballo y trescientos compañeros, de que hizo capitán á Gonzalo de Sandoval. Llevó asimismo veinte mil amigos de Tlaxcallán y Tezcuco. Fué á dormir á Tlamanalco, donde, por ser frontera de Méjico, tenían su guarnición los de Chalco. Al otro día se le juntaron más de otros cuarenta mil, y al siguiente supo cómo los enemigos le esperaban en el campo. Oyó misa, fué para ellos, y dos horas después de mediodía llegó á un peñol muy alto y agro, en cuya cumbre estaban infinitas mujeres y niños, y á las haldas mucha gente de guerra, que en descubriendo el ejército de españoles, hicieron de lo alto ahumadas, y dieron tantos alaridos las mujeres, que fué cosa maravillosa, y los hombres, que más á lo bajo estaban, comenzaron á tirar varas, piedras y flechas, con que luego hicieron daño en los que cerca llegaron, y que, descalabrados, se hicieron atrás. Combatir tan fuerte cosa era locura, retirarse parecía cobardía; y por no mostrar poco ánimo, y por ver si de miedo ó hambre se darían, acometieron el peñol por tres partes. Cristóbal del Corral, alférez de setenta españoles de la guarda de Cortés, subió por lo más agro, Juan Rodríguez de Villafuerte con cincuenta por otra, y Francisco Verdugo con otros cincuenta por otra. Todos éstos llevaban espadas y ballestas ó escopetas. Dende á un rato hizo señal una trompeta, y siguieron á los primeros Andrés de Mojaraz y Martín de Hircio, con cada cuarenta españoles, de que también eran capitanes, y Cortés con los demás. Ganaron dos vueltas del peñón, y bajáronse hechos pedazos, ca no se podían tener con las manos y pies, cuanto más pelear y subir: tanto era de áspera la subida. Murieron dos españoles y quedaron heridos más de veinte; y todo fué con piedras y pedazos de los cantos que de arriba arrojaban y se quebraban; y aun si los indios tuvieran algún ingenio, no dejaran español sano. Ya cuando los nuestros dejaron el peñol y se remolinaron para hacerse



fuertes, habían venido tantos indios en socorro de los cercados, que cubrían el campo, y tenían semblante de pelear; por lo cual Cortés y los de caballo, que estaban á pie, cabalgaron y arremetieron á ellos en lo llano, y á lanzadas los echaron de él. Mataron allí y en el alcance, que duró hora y media, muchos. Los de caballo, que más los siguieron, vieron otro peñol no tan fuerte ni con tanta gente, aunque con muchos lugares al rededor. Cortés se fué con todos los suyos á dormir allá aquella noche, pensando cobrar la reputación que al día perdió, y por beber; que no habían hallado agua aquella jornada. Los del peñol hicieron la noche muy gran ruido con bocinas, atabales y gritaría. Á la mañana miraron los españoles lo flaco y fuerte del peñol, y era todo él harto recio de combatir y tomar; pero tenía dos padrastrós cerca, en que estaban hombres con armas. Cortés dijo que le siguiesen todos, que quería tentar los padrastrós; y comenzó á subir á la sierra. Los que los guardaban los dejaron, y se fueron al peñol, pensando que los españoles iban á combatirlo, por socorrerlo; y como él vió el desconcierto, mandó á un capitán que fué con cincuenta compañeros y tomasen el más agro y cercano padrastro; y él con los demás arremetió al peñol; ganóle una vuelta, y subió bien alto; y un capitán puso su bandera en lo más alto del cerro y disparó las ballestas y escopetas que llevaba, con que hizo más miedo que daño; ca los indios se maravillaron, y soltaron luego las armas en el suelo, que es señal de rendirse, y diéronse. Cortés les mostró alegre rostro, y mandó que no se les hiciese mal ni enojo. Ellos, viendo tanta humanidad, enviaron á decir á los del otro peñol que se diesen á los españoles, que eran buenos, y tenían alas para subir donde querían. Por estas razones, ó por la falta que de agua tenían, ó por irse seguros á sus casas, vinieron luego á darse á Cortés y á pedir perdón por los dos españoles que mataran. Él los perdonó de grado, y holgó mucho que se les diesen aquellos que con victoria estaban, porque era ganar mucha fama con los de aquella tierra.

#### La batalla de Xochmilco

Estuvo allí dos días, envió los heridos á Tezcucó, y él partióse para Huaxtepec, que tenía mucha gente de Culúa en guarnición. Durmió con todo su ejército en una casa de placer y huerta que tiene una legua, y está de piedra muy bien cercada, y que la atraviesa por medio un gentil río. Los del lugar huyeron como fué día, y los nuestros corrieron tras ellos hasta Xilotepec, que estaba descuidado de aquel sobresalto. Entraron, mataron algunos y tomaron muchas mujeres, muchachos y viejos que huir no pudieron. Esperó Cortés dos días á ver si venía el señor; y como no vino, puso fuego al lugar; estando allí se le dieron los de Yautepec; de Xilotepec fué á Coahunauac, lugar fuerte y grande, cercado de barrancas hondas; no tiene entrada para caballos sino por dos partes, y aquellas con puentes levadizas; por el camino que los nuestros fueron, no podían entrar á caballo sin arrodrear legua y media, que era muy gran trabajo y peligro.

Estaban tan cerca, que hablaban con los del lugar, y tirábanse unos á otros piedras y saetas. Cortés les requirió de paz; ellos respondieron de guerra. Entre estas pláticas pasó el barranco un tlaxcalteca sin ser visto, por un paso muy peligroso, pero muy secreto; pasaron tras él cuatro españoles, y luego otros muchos, siguiendo todos las pisadas del primero; entraron en el lugar, llegaron adonde estaban los vecinos peleando con Cortés, y á cuchilladas los hicieron huir. Atónitos de ver que les habían entrado, que lo tenían por imposible, huyeron con esto á la sierra, y ya cuando el ejército entró estaba quemado lo más del lugar. Á la tarde vino el señor con algunos prin-



cipales á darse, ofreciendo su persona y hacienda contra mejicanos. De Coahunauac fué Cortés á dormir, siete leguas, á unas estancias por tierra despoblada y sin agua. Pasó mal día el ejército, de sed y trabajo; al otro día llegó á Xochmilco, ciudad muy gentil y sobre la laguna Dulce; los vecinos y otra mucha gente de Méjico alzaron las puentes, rompieron las acequias, y pusiéronse á defenderla, creyendo que podrían, por ser ellos muchos y el lugar fuerte. Cortés ordenó su hueste, hizo apeaar los de caballo, llegó con ciertos compañeros á probar si ganaría la primera albarrada; y tanta priesa dió á los enemigos con escopetas y ballestas, que aunque muchos eran, la desampararon y se fueron mal heridos. Como ellos la dejaron, se arrojaron españoles al agua; pasaron, y en media hora que pelearon, habían ganado la principal y más fuerte puente de la ciudad. Los que la defendían se recogieron al agua en barcas, y pelearon hasta la noche, unos demandando paz, otros guerra, y todo era ardid para entre tanto alzar su ropilla y que les viniese socorro de Méjico, que no estaba de allí más de cuatro leguas, y quebrar la calzada por do los nuestros entraron. Cortés no podía pensar al principio por qué unos pedían paz y otros no, pero luego cayó en la cuenta; y con los caballos dió en los que rompían la calzada, desbaratólos, huyeron, salió tras ellos al campo, y alanceó muchos. Eran tan valientes, que pusieron en aprieto á los nuestros; porque muchos de ellos esperaban un caballo con sola espada y rodela, y peleaban con el caballero; y si no por un tlaxcalteca, prendían aquel día á Cortés, que cayó su caballo, de cansado, como había gran pieza que peleaba. Llegó en esto la infantería española, y huyeron los enemigos. En la ciudad mataron dos españoles que se desmandaron solos á robar. No siguieron el alcance, sino tornáronse luego al lugar á descansar y cerrar lo roto de la calzada con piedras y adobes. Como en Méjico se supo esto, envió Cuahutimoc un gran batallón de gente por tierra, y dos mil barcas por agua, con doce

mil hombres dentro, pensando tomar los españoles á manos en Xochmilco. Cortés se subió á una torre para ver la gente, y con qué orden venía, y por dónde combatirían la ciudad; maravillóse de tanto barco y gente, que cubrían agua y tierra. Repartió los españoles á la guarda y defensa del pueblo y calzada, y él salió á los enemigos con la caballería y con seiscientos tlaxcaltecas, que partió en tres partes, á los cuales mandó que, rompido el escuadrón de los contrarios, se recogiesen á un cerro que les mostró, media legua lejos. Venían los capitanes de Méjico delante con espadas de hierro, esgrimiendo por el aire, y diciendo: «Aquí os mataremos, españoles, con vuestras propias armas.» Otros decían: «Ya murió Moteczuma; no tenemos á quién temer para no comeros vivos.» Otros amenazaban á los de Tlaxcallán; y en fin, todos decían muchas injurias á los nuestros, y apellidando, «Méjico, Méjico, Tenuchtitlán, Tenuchtitlán,» andaban apriesa. Cortés arremetió á ellos con sus caballos, y cada cuadrilla de los de Tlaxcallán por su parte, y á puras lanzadas los desbarató; mas luego se ordenaron. Como vió su concierto y ánimo, y que eran muchos, rompió por ellos otra vez, mató algunos, y recogióse hacia el cerro que concertó; mas porque lo tenían ya tomado los contrarios, mandó á parte de los suyos que subiesen por detrás, y él rodeó lo llano. Los que arriba estaban huyeron de los que subían, y dieron en los caballos, á cuyos pies murieron en chico rato quinientos de ellos. Descansó Cortés allí un poco, envió por cien españoles, y como vinieron, peleó con otro gran escuadrón de mejicanos que venía detrás; desbaratólo también, y metióse en el lugar, porque lo combatían por tierra y agua reciamente, y con su llegada se retiraron. Los españoles que lo defendían mataron muchos contrarios, y tomaron dos espadas de las nuestras; viéronse en peligro, porque los apretaron mucho aquellos capitanes mejicanos, y porque se les acabaron las saetas y almacén. Apenas se habían estos ido, cuando entraron otros por la calzada con



los mayores gritos del mundo. Fueron á ellos los nuestros, y como hallaron muchos indios y mucho miedo, entraron por medio de ellos con los caballos, y echaron infinitos al agua, y á los demás fuera de la calzada, y así se pasó aquel día. Cortés hizo quemar la ciudad, excepto donde posaban los suyos; estuvo allí tres días que ninguno dejó de pelear; partióse al cuarto, y fué á Culuacán, que está dos leguas; saliéronle al camino los de Xochmilco, mas él los castigó. Estaba Culuacán despoblada, como otros muchos lugares de la laguna; mas porque pensaba poner por allí cerco á Méjico, que hay legua y media de calzada, se estuvo dos días derrocando ídolos, y mirando el sitio para el real, y donde poner los bergantines, que tuviesen buena guarida; dió vista á Méjico con doscientos españoles y cinco de caballo; combatió una albarrada, y aunque se la defendieron reciamente, la ganó; mas hiriéronle muchos españoles. Tornóse, con tanto, para Tezcuco, porque ya había dado vuelta á la laguna y visto la disposición de la tierra. Otros encuentros tuvo con los de Culúa, donde murieron muchos indios de una y de otra parte; pero lo dicho es lo principal.

De la zanja que Cortés hizo para echar los bergantines  
al agua

Cuando Cortés á Tezcuco llegó, halló muchos españoles nuevamente venidos á seguirle en aquella guerra, que con grandísima fama comenzaba; los cuales habían traído muchas armas y caballos, y decían cómo todos los otros que en las islas estaban, morían por venir á servirle, mas que Diego Velázquez lo impedía á muchos. Cortés les hacía

todo placer, y les daba de lo que tenía. Venían asimismo de muchos pueblos á ofrecerse, unos por miedo de no ser destruidos, otros por odio que á mejicanos tenían; y de esta manera tenía Cortés buen número de españoles y grandísima abundancia de indios. El capitán de Segura de la Frontera envió á Cortés una carta que había recibido de un español; la cual en suma contenía:

«Nobles señores, dos ó tres veces os he escrito, y no he habido respuesta; creo ni de esta la tendré. Los de Culúa andan por esta tierra haciendo guerra y mal; han-nos acometido, hémoslos vencido; esta provincia desea ver á Cortés y dársele; tiene necesidad de españoles; enviadle treinta.»

No le envió Cortés los treinta españoles que pedía, porque luego quería poner cerco á Méjico; mas respondió dándole gracias y esperanza que presto se verían. Era aquel español uno de los que Cortés enviara á Chinanta desde Méjico un año había, á calar los secretos de la tierra, y á descubrir oro y hacer granjerías; á quien el señor de aquella provincia hiciera capitán contra los de Culúa, sus enemigos, que le daban guerra por tener españoles consigo, desde que Motezuma murió; empero él quedaba siempre vencedor por industria y esfuerzo de este español; el cual, como supo que había españoles en Tepeacac, escribió las veces que la carta dice, mas ninguna se dió sino esta. Mucho se alegraron los nuestros por estar vivos aquellos españoles, y Chinanta de su parte, y alababan á Dios de las mercedes que les hacía; no hablaban sino en cómo habían escapado estos españoles, pues cuando fueron echados de Méjico por fuerza, habían matado indios á todos los otros que en granjerías y minas estaban. Apresuraba Cortés el cerco, forneciéndose de lo necesario para él, haciendo pertrechos para escalar y combatir, y acarreando vituallas; dió muy gran priesa en clavar y acabar los bergantines, y una zanja para los echar á la laguna. Era la zanja larga cuanto media legua, ancha doce pies y